HAL open science

¡Bien Glissant!

Dardo Scavino

▶ To cite this version:

Dardo Scavino. ¡Bien Glissant!. Katatay. Revista de crítica de literatura latinoamericana, 2006, 3/4, pp.173-179. hal-03321260

HAL Id: hal-03321260
https://hal.science/hal-03321260v1

Submitted on 17 Aug 2021

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

vinculales de la literatura. [illegible] considerada no sólo desde la perspectiva de los movimientos literarios, sino también desde las poéticas elaboradas por las diferentes prácticas escriturarias, sin dejar de considerar los determinantes socio-históricos y económicos que configuraron la sociedad criolla.

El libro de ensayos *Force en pays dominé* publicado en 1997 puede ser considerado como una profunda interrogación sobre los fundamentos de su propia escritura en donde Chamoiseau busca elaborar una poética de la resistencia para enfrentar las diferentes formas de dominación. Se propone devenir un «guerrero de lo imaginario». Guían esa búsqueda algunas interrogaciones que indagan sobre los condicionamientos que sufre un escritor cuyo imaginario no se reconoce y no responde más que a imágenes provenientes de un exterior, demasiado alejado de las realidades de su entorno. Preguntas que llevan a Chamoiseau a profundizar en el espesor étnico y cultural de la sociedad criolla para desentrañar estrategias que le permitan salvaguardar su diversidad [illegible] de su comunidad en el mundo, estableciendo relaciones equitativas y equilibradas.

A lo largo del ensayo, Chamoiseau emprende un viaje imaginario de identificación con los diversos componentes de la sociedad criolla como participación solidaria y poética a la multiplicidad, así como retraza, en esa introspección, los fundamentos de su imaginario de escritor. Si la pregunta que origina [illegible] imaginario dominado? el texto que brinda Chamoiseau es en sí mismo una respuesta creativa a esa interrogación; pues si los trazos dominantes remiten al ensayo, la introducción de un personaje de ficción que entrecorta con sus comentarios [illegible] texto una tonalidad diferente. Dicho personaje aparece como un [illegible] que interrumpe el flujo de la escritura para reflexionar sobre las diferentes formas de dominación pasadas y presentes con el objetivo de entender mejor las limitaciones que condicionan a los pueblos. A lo largo del texto, deviene voz que explicita las heridas humanas conduciendo al escritor ensayista a ir siempre más allá en su búsqueda de una poética de la resistencia. El desafío que plantea es el de una escritura cimarrona: como lo afirma también Joelle Bastiers para quien «el cimarronaje, antes táctica de resistencia, se transformó en estrategia literaria» constitutiva de la literatura post-colonial.

●

¡BIEN GLISSANT!
Dardo Scavino*

A la memoria de Frantz Fanon

Hubiese resultado impensable hace apenas unos años que la derecha francesa se largase a destacar el "papel positivo de la colonización". Más bien trataba de que esta etapa oprobiosa de la historia nacional fuera discretamente olvidada dentro y fuera del país. El estado en que dejaron las regiones africanas que tuvieron la desdicha de caer en sus manos, el infierno de las plantaciones haitianas o martiniquesas, la complicidad de ciudades como Nantes o Bordeaux en el tráfico de esclavos, las masacres perpetradas contra la insurgencia indochina o las torturas infligidas a los resistentes argelinos, no exponían el mejor perfil de una república que se percibe a sí misma como la "patria de los derechos humanos" y que en esta contemplación narcisista encuentra su principal satisfacción nacional.

Pero de un tiempo a esta parte cunde en Europa la idea de que Unión se convierta en una potencia imperial de nuevo estilo capaz de contrarrestar el poderío militar y económico de los Estados Unidos. A derecha e izquierda comienza a imponerse un curioso argumento de *marketing* neocolonial: frente al capitalismo salvaje de los norteamericanos, el europeo sería "social" y "ecológico", cuidadoso del desarrollo de los países periféricos y respetuoso de sus tradiciones culturales.

Al igual que Estados Unidos, sin embargo, la Unión Europea multiplica los tratados bilaterales y multilaterales, y en particular los llamados TPPI (Tratados de Promoción y Protec-

---

* (Buenos Aires, 1964) es Licenciado en Filosofía y en Letras de la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Letras de la Universidad de Bordeaux . Se desempeñó como profesor de literatura en la UBA y actualmente en la Universidad de Bordeaux III (Francia). Ha publicado *Nomadología (Una lectura de Deleuze) (1991); Barcos sobre la pampa: Las formas de la guerra en Sarmiento (1993); La filosofía actual (1999); La era de la desolación. Etica y moral en la Argentina de fin de siglo (1999); Saer y los nombres* (2004).

ción de Inversiones) que recurren al arbitraje del CIRDI (tribunal de la Banca Mundial) para garantizarle a las multinacionales nutridas indemnizaciones en caso de diferendo con los Estados nacionales. Esto significa que la Unión Europea es cómplice de la estrategia neoliberal, o neocolonial, que apunta a debilitar la soberanía política y jurídica de los pueblos en beneficio de los intereses empresariales. Así, una empresa debe ser indemnizada por el Estado si los trabajadores inician una huelga, si el gobierno se niega a aumentar las tarifas, si decide gravar fiscalmente un producto o un servicio, si el parlamento vota nuevas leyes laborales, en fin, si no le garantiza a las empresas y sus accionarios las ganacias que esperaban obtener. Éste es el credo del MEBF (Mercosur-European Union Business Forum) que reúne a los representantes de las multinacionales europeas instaladas en América Latina –desde Telefónica de España hasta Vivendi, pasando por Suez, Repsol, Fiat, Renault, Volkswagen, Carrefour o BASF– y que cuenta con el aval de los tecnócratas de Bruselas.

Recuérdese, justamente, que el 80% de las ganancias récords registradas por la empresas francesas durante el año 2005 provienen del exterior y abarcan principalmente el dominio del petróleo (Total Fina), las finanzas (BNP) y los servicios (France Telecom, Lyonaise des Eaux, Electricité de France). Incluso los sindicatos de estas empresas, celosos de su carácter estatal y de los derechos de sus empleados, se cuidan bien de recordar que esos beneficios descomunales se obtuvieron en muchos casos gracias a las desprolijas privatizaciones de empresas públicas de países periféricos (entre ellos, la Argentina) y a la supresión de los derechos laborales conquistados después de un siglo de luchas. Incluso pretenden pintar este nuevo imperialismo con un barniz humanitario, invocando una contribución al crecimiento de los países subdesarrollados con el aporte de su experiencia y su avance tecnológico. La opinión pública progresista y bienpensante –que cree en un capitalismo "social" y "ecológico"–, se ha dejado conquistar por esta idea: ocupar esos mercados es una manera de evitar que caigan en manos de la barbarie norteamericana.

El actual presidente de la Organización Mundial del Comercio, Pascal Lamy, un economista salido de las filas de Partido Socialista Francés, explicaba ante las cámaras de televisión –y sin reírse–, que su función consistía en bregar por un intercambio más equitativo entre los países del Norte y del Sur. Y tras la cumbre de Hong Kong pudo verificarse en qué consistía esta equidad: la Unión Europea va a dejar entrar a partir del 2013 los productos agropecuarios provenientes del tercer mundo, suprimiendo las ayudas a la exportación –pero no las subvenciones a sus propios agricultores–, a cambio de que esos países liberen el mercado de los servicios y los productos industriales. La iniquidad reside, desde luego, en el hecho que los productos agropecuarios representan el 8% de esos intercambios mientras que los servicios y los productos industriales suman el 92% restante. Todo esto sin contar con la competencia encarnizada a la cual se están librando Europa y Estados Unidos para apropiarse la biodiversidad del tercer mundo a través del control de las patentes. Los países periféricos se ven condenados así a pagar cuantiosas regalías si pretenden usar especies robadas de sus propias tierras por los nuevos piratas al servicio de las empresas de biotecnología de los países centrales.

Pero mientras la consigna de este neocolonialismo sigue siendo –como siempre– la "apertura de fronteras", tanto Estados Unidos como la Unión Europa erigen muros cada vez más escarpados para que los inmigrantes de los países víctimas de estas aperturas no penetren en sus territorios en busca del trabajo que no encuentran en sus tierras desvastadas. Libertad para las mercancías pero no para los trabajadores; libertad para los hombres de negocios que viajan en *business class* pero no para los pobres que se aventuran en las precarias *pateras* del estrecho de Gibraltar con la modesta esperanza de llegar a barrerles la roña en alguna calle parisina o a limpiarles la mierda en el baño de algún *shopping* madrileño. Recordemos que unas de las hazañas de la "tercera vía" del laborista Tony Blair (elogiada en Francia tanto por el candidato presidencial de la derecha, Nicolas Sarkozy, como por la de la izquierda, Sigolène Royale) pudo conocerse en estos días: mientras los *golden boys* de las bancas londinenses recibían primas de hasta un millón de euros como recompensa por los copiosos beneficios obtenidos durante el año 2005, sus empleados de limpieza, en su mayoría inmigrantes pakistaníes o africanos, trabajan por siete euros la hora, sin contrato y, por consiguiente, sin seguridad social.

Y para qué continuar. Limitémonos a señalar que la acumulación de riquezas en una estrecha franja de la población mundial conoce hoy en día proporciones históricas ignoradas incluso en la épocas de las más cruentas políticas coloniales. El "capitalismo social y ecológico" no es, en este aspecto, sino la etiqueta pegada sobre algunas más antiguas: el colonialismo "civilizatorio" del siglo XVIII y XIX que ya había sustituido a la versión "evangelizadora" del imperio español y portugués de los siglos XVI y XVII. Slogans encontrados por estos

truhanes para convencernos de que el trabajo expoliado, las masacres masivas, la destrucción de las culturas locales y la devastación de los medios naturales se hicieron, y seguirán haciéndose, en nombre de la "salvación", el "progreso" o el "desarrollo" de las poblaciones sometidas. Así en 1992, el gobierno socialista de Felipe González conmemoró el quinto centenario de la destrucción de las Indias bajo el aberrante eufemismo de un "encuentro de culturas" mientras Iberia se disponía a vaciar alegremente Aerolíneas Argentinas y Repsol compraba por migajas YPF. Hoy el gobierno de Jacques Chirac, con no menos descaro, propone que en las escuelas se enseñen los "aspectos positivos de la colonización" mientras las tropas francesas estacionadas en Costa de Marfil –con mandato de la ONU– velan por los intereses de las empresas del hexágono.

¿A pesar de la ira?

Ahora bien, ¿la propia izquierda no creyó durante un siglo y medio en el "papel positivo de la colonización"? Aunque sabían fehacientemente que la burguesía europea estaba constituida por especuladores, traficantes y bandidos de la peor laya, Marx y Engels le otorgaban un "papel eminentemente revolucionario", porque había logrado "desgarrar", en los lugares del mundo donde llegó a dominar, los "vínculos multicolores" de las jerarquías patriarcales consiguiendo que el único lazo entre los hombres fuera el "interés desnudo, el inexorable pago contado" o ahogando los "estremecimientos sagrados y los piadosos fervores" en el "agua glacial del cálculo egoísta". Después de haber evocado las exacciones y genocidios perpetrados por la rapiña española, todavía Pablo Neruda concluía el tercer libro del *Canto general* con su poema "A pesar de la ira":

> Así, con el sangriento
> titán de piedra,
> halcón encarnizado,
> no sólo llegó sangre sino trigo.
>
> La luz vino a pesar de los puñales.

Como se desprende de la carta enviada al presidente francés, y firmada con Patrick Chamoiseau, difícilmente un poeta como Edouard Glissant suscribiría hoy a estos versos de Neruda. Para el chileno, los verdugos, los mercaderes de esclavos y los patrones de las minas bolivianas o las plantaciones caribeñas –verdaderas precursoras de los campos de concentración nazis– habían constituido un cruento ardid hegeliano de la razón universal para propagarse en tierras americanas. Aunque egoísta, el cálculo desencarnado significaba un progreso en relación con las antiguas "supersticiones" indígenas. Para el martiniqués, en cambio, ya no hay razón universal sino una ideología de la etnia europea universalizada como consecuencia de la expansión colonial. Es porque el pensamiento europeo colonizó a los sujetos no europeos que pudo convertirse en el criterio objetivo, neutro u universal para explicar la realidad. Por eso ya no podría hablarse, desde su perspectiva, de razón universal sino, sencillamente, de racionalidad colonial o dominante, esto es: mundializada. Afirmar que éste es un "papel positivo del colonialismo", como implícitamente lo hicieron tanto Marx como Neruda, no sería sino una ilusión retrospectiva semejante a la del indio que una vez convertido al cristianismo, o a los valores de la etnia dominante, se dice que tuvo la suerte de haber sido conquistado porque de otro modo no hubiese conocido la salvación eterna.

Esta ideología del progreso se resume en una escena de un excelente documental sobre la devastación de la selva ecuatoriana perpetrada por algunas compañías petroleras norteamericanas que habían tenido el cuidado de enviar, unos años antes de consumar sus tropelías, a algunos evangelistas cuya misión consistía en convertir a los nativos y prepararlos para la invasión inminente. Recostado en su hamaca, uno de estos conversos explicaba ante las cámaras: "Yo, antes, era un salvaje". Walter Benjamin lo había dicho con todas las letras unos pocos meses antes de su muerte: la ideología del progreso es la perspectiva de los vencedores.

Pero esta posición postcolonial –asumida por poetas como Edouard Glissant– tampoco está exenta de paradojas. Porque, entre otras cosas, esta idea germinó en la propia Europa. Permítaseme invocar la siguiente secuencia (como diría Viñas): Nietzsche, Heidegger, Horkheimer y Adorno. A la pregunta: ¿es casual que Europa se haya convertido en una potencia imperial?, el primero contestaría por la negativa. Porque la ideología de la etnia europea, la metafísica, es el pensamiento que se concibe a sí mismo como dominación de lo pensado, como se infiere de las etimologías de los vocablos aprehender y comprehender (de

prehendo: prender, capturar, atrapar) o percibir y concebir (formados a partir del verbo *capio*: agarrar, apoderarse, capturar), por no hablar de todo lo que hay de *dux* y *ducere* en la propia educación. El presunto saber desinteresado u objetivo es, antes que nada, voluntad de poder. Para Heidegger, esta voluntad de poderío estaría inscripta en el destino técnico de la razón metafísica cuya inflexión moderna habría sido introducida, en los inicios de la modernidad, por Descartes: ya no hay una multiplicidad de substancias cualitativamente diferentes sino sólo dos: la *res cogitans* y la *res extensa*, el que mide y lo medible, oposición cuyas encarnaciones modernas serían el ingeniero y la naturaleza o el tecnócrata y la sociedad. El pensamiento accede a lo real cuando reduce la diversidad cualitativa a una diferencia cuantitativa. Cuando calcula. Se razona cuando se raciona. Y el pensamiento que no lo haga será considerado pre-científico, pre-racional, mítico o poético. De ahí que para Horkheimer y Adorno la ingeniería social de la administración capitalista fuera el triunfo imperial de la racionalidad europea. Su momento culminante: Auschwitz, o el exterminio administrado racionalmente.

Que no haya poesía después de Auschwitz, como sostenía Adorno, no significa solamente que los poetas hayan quedado desvalidos ante el horror de las políticas concentracionarias; significa además, y ante todo, que con Auschwitz se consumó el destino hegemónico de la racionalidad instrumental que relega nuestra relación poética con la realidad a un suplemento cultural, a una ensoñación estética, a una consolación quijotesca o bovarysta: no hay otro realismo fuera del frío cálculo del administrador de los campos. Incluso el arielismo de Darío o de Rodó olía ya irremediablemente a fantasía anacrónica en un mundo dominado, objetiva y subjetivamente, por las huestes del calculador Calibán.

La paradoja consistiría esta vez en que el relato de la liberación del hombre gracias a la razón o al abandono de las supersticiones mito-poéticas se sustentaría en otro mito: la gran narración épica de la etnia europea forjada para justificar su dominación imperial. La propia historia universal sería entonces el gran relato de los europeos convertido en mito dominante. A pesar de su lucidez a la hora de desmantelar la ideología burguesa, el marxismo habría heredado este mito progresista sin someterlo a una verdadera crítica. Europa se percata sin embargo un poco tarde que su presunta razón universal y necesaria no era sino una racionalidad particular y contingente entre otras muchas, aunque mundializada por las cruentas políticas coloniales. Se da cuenta de esto, justamente, cuando el proceso de colonización capitalista ya se había consumado, es decir, cuando los propios pueblos no europeos habían empezado a percibir sus tradiciones culturales como un "suplemento de alma" de la fría racionalidad del cálculo instrumental, o cuando en las escuelas de Abidjan o Phnom Penh la educación ya era, en lo esencial, cartesiana, mientras los saberes ancestrales quedaban relegados al templo.

La humorada de Borges cuando comparaba al "nacionalista árabe" con un "turista" resulta, así, premonitoria: muchos fundamentalistas musulmanes, empezando por Ossama Bin Laden, son intelectuales educados en Londres, París o Hamburgo que añoran los vínculos sagrados de una utópica sociedad coránica, orgánica y sacralizada, anterior al nihilismo inoculado por el capitalismo colonial. Dado que las promesas de salvación terrenal proferidas por los misioneros coloniales del progreso se vieron decepcionadas, ¿por qué no volver a las antiguas esperanzas de salvación celestial?

En estas condiciones, el respeto del otro, el multiculturalismo y la ética de la diferencias corren el riesgo de convertirse en una variante del exotismo. Porque basta ver cómo se le erizan los pelos a cualquier tolerante multiculturalista europeo cuando se entera de las aberrantes excisiones de clítoris de las mujeres nigerianas o sudanesas o cuando conoce el funcionamiento de las consternantes escuelas coránicas de Islamabad o Kaboul, para medir los límites de la celebrada ética de la diferencia.

Identidad y diferencia

Echemos un vistazo, justamente, a lo ocurrido en Francia tras el abandono de las últimas colonias africanas durante los años sesenta. Hasta ese momento, el pensamiento liberal adhería masivamente al mito iluminista y colonial del progreso o la modernización de las sociedades no europeas. Después conocerá un presunto giro anti-colonial cuyo nombre más extendido será "ética de las diferencias". Ya no se trataría de liberar al otro de sus supersticiones y sus costumbres bárbaras sino de respetarlas, porque ese presunto "retraso" cultural no sería sino un prejuicio eurocéntrico. Ya no habría una civilización sino muchas. Vivamos entonces en la multiplicidad y en la tolerancia: respetemos la identidad de los otros si queremos que los otros respeten las nuestras.

Pequeño detalle: esta idea según la cual no existe una razón universal sino valores y creencias particulares de cada nación o etnia ya había sido propagada por uno de los padres

del fascismo europeo: Maurice Barrès. Por eso algunos neo-barresianos (o neo-fascistas) como Jean-Marie Le Pen van a adoptar sin ningún inconveniente esta ética de la diferencia: "Nosotros no queremos imponerle nuestra cultura a los africanos y a los asiáticos pero que ellos tampoco vengan a imponérnosla a nosotros". Y recuérdese que la tesis según la cual las migraciones provocadas por el capitalismo iban a terminar con la diversidad cultural del planeta será sustentada nada menos que por un antropólogo como Lévi-Strauss.

El antisemitismo de Le Pen resulta en este aspecto inseparable de su anti-cosmopolitismo: los judíos serían, para él, ese pueblo errante que se adapta a las diversas culturas pero de una manera puramente exterior, sin un verdadero compromiso subjetivo, sin una auténtica lealtad étnica. Este mimetismo con las poblaciones nativas sería una artimaña sin otro objetivo que el interés individual, egoísta y mezquino. Y por eso el argumento según el cual el amable vecino judío es una persona como cualquiera no hace sino acrecentar la paranoia del fascista. Lo inquietante para él es precisamente eso: que se mimetice, que se confunda, con cualquier otro miembro de la "comunidad nacional". Le Pen no tendrá ningún inconveniente en apoyar entonces al Estado de Israel: gracias a él, los judíos dejan de ser los vectores del cosmopolitismo para recuperar la lealtad a una nación y a los valores ancestrales.

Pero el fascismo de Le Pen es todavía de viejo cuño, forjado por anti-dreyfusianos como Barrès y Maurras, los auténticos precursores de la extrema-derecha moderna. El nuevo fascismo europeo se encuentra en figuras como los holandeses Pim Fortuyn o Theo Van Gogh (ambos recientemente asesinados). Se trata de un fascismo liberal. ¿Cómo explicar este presunto oxímoron? También esta tendencia de extrema derecha se funda en aquella ética de las diferencias pero interpretándola de otro modo. Para Le Pen, la tolerancia es un mito liberal, porque los miembros de una cultura sólo pueden tolerar a sus semejantes, a quienes piensan y se comportan como él. Las culturas serían, por definición, intolerantes, de modo que mejor mantener a los pueblos separados para que no estallen los conflictos. Ésta será, por otra parte, la posición asumida por Europa a la hora de resolver el conflicto en los Balcanes: las fronteras de cada nación debían coincidir con la identidad étnica de sus habitantes (de donde los sinuosos trazados de estos nuevos países). Para Fortuyn y Van Gogh, en cambio, la tolerancia liberal es un valor fundamental de la cultura europea. La única cultura basada en ese principio, sin embargo, sería ésta, porque si se observa a las demás –y sobre todo a la musulmana, la *bête noire* de ambos personajes–, se comprobará que son súmamente intolerantes: basta con ver lo que hacen con sus mujeres y sus homosexuales (Fortuyn era miembro del movimiento gay y Van Gogh denunciaba en sus películas la opresión de la mujeres musulmanas). Y una cultura de la tolerancia, ¿debe tolerar a los intolerantes?

El fascismo de estos holandeses tiene al menos la virtud de poner en evidencia los límites de aquella ética de la diferencia. Las diferencias tolerables son aquellas, superficiales o pintorescas, que sugieren, en última instancia, una identidad de fondo. Esto pudo entreverse en los debates que tuvieron lugar en Europa mientras se preparaba la guerra de Irak. La mayoría de los ciudadanos europeos estaban en contra de esta intervención porque sospechaban, con toda razón, que el argumento de la peligrosidad del régimen de Saddam Hussein debido a la posesión oculta de armas de destrucción masiva era un mero pretexto para apoderarse de los pozos de petróleo y para ocupar una posición estratégica en el Golfo Pérsico. Pero una vez iniciada la invasión, muchos se dijeron que los norteamericanos acabarían por lo menos con un dictador sanguinario y permitirían el establecimiento de una democracia moderna en Irak, de modo que volvían a reconocerle un "papel positivo" a la agresión imperialista de la administración Bush. La democracia estaba allí, reprimida, asfixiada, y sólo esperaba que el obstáculo se suprimiese para ponerse a florecer. Detrás los turbantes y los chadores se escondían, al fin y al cabo, unos liberales europeos y bastaba con que se los desembarazara del tirano para que emergieran a la luz del día. ¿Pero no se trata del mecanismo ideológico por excelencia? Más allá de las diferencias particulares, suponemos que nuestros valores, nuestra manera de ser y de pensar son naturales, universales o esenciales. Como ocurrió con la conquista española o con la colonización francesa, los opresores contaron muchas veces con la valiosa colaboración de los liberadores bienpensantes.

Coda

Resulta difícil contestar este "papel positivo" de la colonización europea sin hacerlo en nombre de unos valores que se propagaron por el mundo gracias a la propia colonización europea. Sería como atacar al cristianismo en nombre del amor al prójimo. Hoy por hoy, cualquier cura está dispuesto a aceptar las tropelías cometidas por esta religión a lo largo de los siglos pero responderá que, aun así, el mensaje de su fundador pasó, dado que hasta sus enemigos enarbolan como valor supremo un mandamiento puesto en circulación por Jesús.

Del mismo modo, un representante de la derecha francesa no tendría inconveniente en reconocer los más atroces crímenes del colonialismo europeo pero podría responder que la propia carta de Glissant al presidente francés es una prueba de que, a pesar de todo, esas políticas tuvieron sus "aspectos positivos". A través de Glissant, podría decirse, la cultura europea se hace su autocrítica.

¿Esto significa que estamos condenados a hablar el lenguaje del colonizador? En principio, eso parece, pero es por este mismo motivo que no puede hablarse del "papel positivo de la colonización". Semejante evaluación sólo podría hacerse desde la perspectiva de un metalenguaje completamente ajeno a la cultura europea. Alguien puede juzgar si sus actos se atienen o no a sus valores, pero precisaría desembarazarse de esos valores para juzgarlos *sub specie aeternitatis*. Sólo desde la perspectiva del Juicio Final, aquel nativo ecuatoriano podría saber a ciencia cierta si había progresado en su vida abrazando las creencias de los evangelistas yanquis. Pero como esta perspectiva exterior es imposible, una cultura sólo puede caer en una tautología narcisista cuando se pone a celebrar sus propios valores, y esta adoración especular es lo que se suele llamar religión (ésta existe, justamente, porque la divinidad no se digna responder nuestras llamadas).

Una perspectiva crítica, por el contrario, debería mostrar que las presuntas "identidades culturales" que se nos invita a respetar son completamente ilusorias o que lo real de una cultura son más bien sus paradojas, sus aporías o sus contradicciones. Que hablemos inexorablemente un lenguaje colonial de la racionalidad iluminista no significa que no haya resistencia: la hay, precisamente, porque cualquier racionalidad no cesa de resistirse o de desmentirse a sí misma, porque su auténtica alteridad no es la cultura extranjera sino la suya propia tan pronto como pretende pensarse o comprenderse, porque no cesa de caer en la cuenta de su radical escisión apenas se propone la tarea imposible de evaluarse o conocerse, porque no hay saber absoluto o porque una cultura nunca es, precisamente, *una*. Más que invitar a un respeto de las diversas identidades, un intelectual crítico debería proclamar la irreverencia hacia su propia "identidad cultural" para revelar hasta qué punto ésta es diversa de las demás sino, y ante todo, de sí misma.